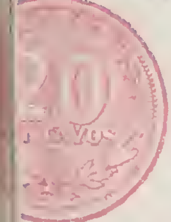
TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

AÑO II

Nº 49



"GUERRA A LA GUERRA"

"El Tren Expreso"

Originales de RAMÓN de CAMPOAMOR

INTERIOR 0.25

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

APARECE TODOS LOS MARTES

Precio del ejemplar: **Capital 0.20 — Interior 0.25**

OBRAS PUBLICADAS

N° 1. **La cabra tira al monte,** Julio F. Escobar; Nº 2. **Colorado y negro**, L. Rodríguez Acasuso; Nº 3. **La fea de la casa;** Julio F. Escobar; Nº 4. **El hombre que pudo matar,** Folco Testena; Nº 5. **Florencio Sánchez y su obra,** V. Martínez Cuitiño; Nº 6. **Mundial Pantomim,** A. Moock; Nº 7. **¡Qué Pichincha!,** Julio F. Escobar; Nº 8. **La huelga,** Dr. Gonzalo Bosch; Nº 9. **El hombre que sonríe,** Julio F. Escobar; Nº 10. **Muñecas de lujo,** L. Pita Martínez; Nº 11. **El ñato Padilla,** L. Rodríguez Acasuso; Nº 12. **Cuando muere el día,** B. Roldán; Nº 13 **La santa madre,** J. González Castillo y V. Martínez Cuitiño; Nº 14. **La vida es sueño,** D. P. Calderón de la Barca; Nº 15. **Rayito de sol,** V. Martínez Cuitiño; Nº 16. **Los averiados,** H. Brieux; Nº 17. **La víbora de la cruz y ¡Amurado!,** Julio F. Escobar; Nº 18. **Frío,** Eduardo Zamacois; Nº 19. **El Arlequín,** Otto Miguel Cione; Nº 20. **El dolor del bárbaro,** Carlos Schaefer Gallo; Nº 21. **Bajo el yugo de un tirano,** Julio F. Escobar; Nº 22. **Mi prima está loca,** F. E. Collazo y T. Insausti; Nº 23. **Las hijas del capitán,** L. Rodríguez Acasuso; Nº 24. **La ganzúa de oro,** Belisario Roldán; Nº 25. **La humilde quimera,** V. Martínez Cuitiño; Nº 26. **El dilema del Doctor,** Bernard Shaw; Nº 27. **La propia obra,** César Iglesias Paz; Nº 28. **La canción de la camisa,** Pedro E. Pico; Nº 29. **El alcalde de Zalamea,** D. P. Calderón de la Barca; Nº 30. **Delikatessen Haus,** A. T. Weisbach y S. Linnig; Nº 31. **Isabel Sandoval — Modas y Cuando venga el amor,** Armando Moock; Nº32. **Teléfono para tumbas,** traducción de Julio F. Escobar; Nº 33. **El derecho de matar (adapt)**, Julio C. Traversa. Nº 34 **La señora Caburesa,** Roberto L. Cayol; Nº 35. **Anita Balbi,** Folco Testena; Nº 36. **El pobre hombre,** J. González Castillo. Nº. 37, **La Bandera Roja**, Eugenio Troisi y César L. Pelazza. Nº 38 **La Serpiente**, Armando Mook. Nº 39. **Montmartre**, Versión de J. F. Escobar. Nº 40 **Israel**, Versión de Jorge Dowton. Nº 41. **El sobrino de Malbrán**, José León Pagano. Nº 42. **El héroe y el soldado,** G. B. Shaw. Nº 43. **El corazón y el dinero**, Julio F. Escobar. Nº 44. **Así terminó la fiesta....** J. López Silva y C. M. Pacheco. Nº 45, **La Despedida**, Alejandro Marcó. N.º 46, **La virgen loca,** Henry Bataille. N.º 47, **Teatro breve,** Pedro E. Pico. Nº 48, **El corazón de la selva,** Otto Miguel Cione.

EDITORES: MORO & TELLO

Corrientes 1307, Buenos Aires

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

Año II | Martes 12 de Octubre de 1920 | N.º 49

"Guerra a la Guerra"

DOLORA DRAMÁTICA

Representada con gran éxito en el Teatro Español de Madrid el 3 de Noviembre de 1870

"El Tren Expreso"

POEMA EN TRES CANTOS

originales de

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR



EDITORES

MORO & TELLO — Corrientes 1307

BUENOS AIRES

1920

“Guerra a la Guerra”

DOLORA DRAMÁTICA

por

RAMÓN DE CAMPOAMOR

REPARTO

Víctor, soldado francés, cojo ....

Enrique, soldado prusiano, manco ....



"GUERRA A LA GUERRA"

LUGAR DE LA ESCENA

Vista de una campiña próxima a una ciudad sitiada. — VICTOR, soldado francés, aparece con los dos pies vendados, sentado encima de una piedra, sobre el borde de un río. — Al levantarse el telón se oye el estruendo de una batalla, cuyo ruido va decreciendo poco a poco, aunque durante la representación no se extinguirá del todo. — Sale después ENRIQUE, vestido de soldado prusiano, sin manos y con unas vendas mal atadas.

VÍCTOR — *Vinieron los Sarracenos*
y nos molieron a palos;
que Dios protege a los malos
cuando son más que los buenos.

ENRIQUE — Un francés cojo está allí.

VÍCTOR — ¡Calle! un alemán sin manos.

ENRIQUE — ¡Mal ha...!

VÍCTOR — Todos los hulanos
quisiera verlos así.

ENRIQUE — ¡Qué ruido!

VÍCTOR — ¡Qué cañonazos!
¡Tengo en los pies un dolor!

ENRIQUE — ¡Es sublime este rumor!...
¡Cómo me duelen los brazos!

VÍCTOR — Ya inútil y sin caudal,
no sé dónde hallar sustento.

ENRIQUE De sobra en mi regimiento,
voy buscando un hospital.
VÍCTOR ¡Qué horrores!
ENRIQUE Toda la tierra
parece que está impregnada
de ese olor de carne asada
con la pólvora en la guerra.
VÍCTOR ¡Más fuego!
ENRIQUE ¡Más cañonazos!
VÍCTOR ¡Cuándo cesarán. Dios mío!
¡Ya casi va lleno el río
de pies, cabezas y brazos!
ENRIQUE (*Quejándose.*) ¡Ay! ¡ay! Me voy a curar
antes que el francés entienda...
VÍCTOR Ven y te ataré esa venda,
que te vas a desangrar.
ENRIQUE ¡Nunca! ¡Jamás!
VÍCTOR ¡Voto a tal!
Ven, y no tengas, prusiano,
la cabeza de un germano
dura como un pedernal.
ENRIQUE Ser curado por un... ¡Oh!
VÍCTOR Ven, o te mueres.
ENRIQUE (*Vacilando.*) ¡Qué diablo!
Haremos lo que San Pablo,
que amó lo que aborreció.
(*Enrique se acerca, y Víctor le arregla las vendas.*)
VÍCTOR Ahora verás que un francés,
si es un francés verdadero,
hiere a los hombres primero
para curarlos después.
La venda está mal sujeta.
¡Gran nación es la prusiana!
ENRIQUE No vale la gloria humana
ni la sangre de un trompeta.
VÍCTOR ¡Cuántos trenes de batir!
¡Qué masas! y ¡qué cañones!...
ENRIQUE Sí. ¡Dichosas las naciones
cuya historia hace dormir!

VÍCTOR — Te encuentro de juicio lleno.
Bien. Ya está seguro el trapo.

ENRIQUE — (Este francés es muy guapo).

VÍCTOR — (Este prusiano es muy bueno).

ENRIQUE — Dame un abrazo. (*Víctor le abraza*).

VÍCTOR — Llegaste,
y ves que servido fuiste.

ENRIQUE — Ama lo que aborreciste.

VÍCTOR — Tú aborrece lo que amaste.

ENRIQUE — (Ejerce en mí un cierto imperio
este francés vanidoso).

VÍCTOR — (No es del todo fastidioso
este petulante, en serio).
Dime: ¿tu nombre, cuál es?

ENRIQUE — Enrique de Fastenrath.

VÍCTOR — Y yo, Víctor de Lausat.

ENRIQUE — Soy alemán.

VÍCTOR — Soy francés.
¿Estaréis de gozo llenos?

ENRIQUE — Sí, tenemos la unidad.

VÍCTOR — Y eso, ¿os dará libertad?

ENRIQUE — Libertad, no.

VÍCTOR — ¿Y manos?

ENRIQUE — Menos.

VÍCTOR — Pues ¿qué has ganado?

ENRIQUE — Soy franco;
lo que he ganado aun no sé.

VÍCTOR — Voy yo a decírtelo.

ENRIQUE — ¿Qué?

VÍCTOR — Yo, ser cojo, y tú, ser manco.

ENRIQUE — ¡Ay! Un cañón inclemente...

VÍCTOR — La guerra es cosa admirable;
siempre se apunta a un culpable
y se mata a un inocente.

ENRIQUE — Dios maldiga a esos Tiberios
que, del infierno al trasluz,
van jugando a cara o cruz
la suerte de los imperios.

VÍCTOR — Amén.

ENRIQUE — ¡Qué sed infernal!

VÍCTOR — Pues bebe; ahí tienes el río.
(Enrique se inclina para beber, pero no puede.)

ENRIQUE — ¿Y me he de bajar, Dios mío,
cual si fuese un animal?

VÍCTOR — ¡No te impacientes, germano!
Yo de beber te daré;
como Diógenes, te haré
una taza con la mano.
(Víctor le va alcanzando el agua a Enrique.)

ENRIQUE — ¡Gracias! ¡gracias! ¡Maldición!
¡Va rojo de sangre el río!
¡Hoy todo es en torno mío
tristeza y desolación!

VÍCTOR — Sigue, que con buena gana...

ENRIQUE — ¡Si va el agua tan espesa!...

VÍCTOR — ¡La mitad, sangre francesa!
¡La otra mitad, alemana!

ENRIQUE — ¡La sangre que lleva el río
me hace dar diente con diente!

VÍCTOR — ¡Aunque se toque caliente,
la sangre siempre da frío!

ENRIQUE — No quiero más. El esófago
de ver sangre se me cierra.

VÍCTOR — Eso es hasta que la guerra
te convierta en antropófago.

ENRIQUE — De una tragedia infernal
parece esa agua el espejo.

VÍCTOR — Confiesa que el mundo viejo
no estaba del todo mal.

ENRIQUE — ¡Yo he perdido tanto bien!...
¡Era tan feliz!... y ahora...

VÍCTOR — ¿Tienes madre?

ENRIQUE — Que me adora.
Y otra persona también.

VÍCTOR — Y esa persona, ¿es bonita?

ENRIQUE — Blanca y rubia como el oro.

VÍCTOR — ¿Rubia? Ya también la adoro.
¿Y se llama?

ENRIQUE — Margarita.

VÍCTOR Y a ese ser de cutis blanco
y de cabello tan rojo,
dí: ¿le gustaría un cojo?

ENRIQUE No, no, ¡ni siquiera un manco!
Muerto por aquel cañón,
fuera más feliz mi suerte,
porque me haría la muerte
vivir en su corazón.

VÍCTOR ¿Piensas ir a verla?

ENRIQUE Quita.
¿Verme yo manco a su lado?
¡Estar despoetizado
delante de Margarita!
¡Con tanto afán y tan bien
mi corazón la adoraba,
que al mismo Werther miraba
con soberano desdén!
¡Amar, y estar de esta suerte!

VÍCTOR Pues, como lisiado estás,
Enrique, tú vivirás.
Conozco mucho a la muerte.
En fin, nos hemos batido
por...

ENRIQUE Por nada, o casi nada.

VÍCTOR Y hemos hecho una jugada
en que ambos hemos perdido.

ENRIQUE ¡Que bien! Llega un alemán,
se bate con un francés,
y ambos quedan sin los pies,
sin las manos, y...

VÍCTOR Sin pan...

ENRIQUE Dos días ha que no como.

VÍCTOR ¿No? Pues todo este terreno,
si tienes hambre, está lleno
de carne frita con plomo.
(*Mirando a unos árboles*).
¡Ah! Mira lo hermosa que es
la fruta de esos manzanos...

ENRIQUE (*Mirando la fruta con ansia.*)
¡Oh! ¡Si yo tuviera manos!

VÍCTOR ¡Oh! ¡Si yo tuviera pies!
¿Tienes de ellas muchas ganas?
ENRIQUE ¡Muchas!
VÍCTOR Comerás manzanas...
hulano merodeador.
Tú eres manco, yo soy cojo;
pues bien, te acercas a mí,
te arrodillas, subo en tí,
te alzas, me empino y las cojo.
ENRIQUE Pero es tan extraordinario...
VÍCTOR Serás, siendo tan estoico,
pobre, encorvado y heroico,
más grande que Belisario.
ENRIQUE Pero señor...
VÍCTOR Ten modestia.
¿Ignoras, gran pecador,
que Nabucodonosor
por querer ser Dios fué bestia?
¿Tendrás más virtud que él tuvo?
ENRIQUE Pero...
VÍCTOR ¡Subir o morir!
ENRIQUE Pero...
VÍCTOR ¡Morir o subir!
ENRIQUE Pues súbete.
VÍCTOR (*Se va subiendo, apoyado sobre uno de los hombros de Enrique.*) Pues me subo.
Alza. Más.
ENRIQUE Esto horripila.
VÍCTOR Más.
ENRIQUE De mi bondad me asombro...
VÍCTOR He aquí un galo sobre el hombro
de un descendiente de Atila.
¿Dónde echaré?... ¡Voto a san!...
(*Le quita el casco y echa en él las manzanas*)
En este casco prusiano,
que cubre un magín paisano
del gran filósofo Kant.
ENRIQUE ¿Cómo consiente la tierra
que así de mi orgullo abdique?
VÍCTOR Estas vergüenzas, Enrique,

se las debes a la guerra.
ENRIQUE Cierto.
VÍCTOR Y mejor que este día
me pagó el emperador,
yo te pagaré el sudor
que sudes por causa mía.
ENRIQUE Mas..
VÍCTOR Olvida lo que ves
y piensa en lo que verás,
y que humillación tendrás
de esta humillación después.
Bájame ya.
ENRIQUE ¿Estás contento?
VÍCTOR ¡Sí! Tienes gran sufrimiento,
que es el valor del valor.
(*Se sientan sobre unas piedras a comer las manzanas*).
Siéntate. En esta campiña
Pondremos al hambre fin,
mientras tu rey da un festín
a las aves de rapiña.
Feliz tú; con la unidad,
tu gloria y estas manzanas...
¿No comes? ¿No tienes ganas?...
ENRIQUE ¿Con qué manos?
VÍCTOR ¡Es verdad!
¿Qué harías si de comer
no te quisiese yo dar?
ENRIQUE Me tendría que inclinar
como si fuese a pacer
VÍCTOR ¡Esa es la gloria!
ENRIQUE ¡Esta es!
(*Víctor acerca de cuando en cuando trozos de manzana a la boca de Enrique*).
VÍCTOR Discutamos como hermanos,
porque has dado tú las manos
y yo he perdido los pies.
ENRIQUE Bismarck, con gran claridad,
nos lo ha dicho, no sé donde.
VÍCTOR ¡Ah! Pues si lo ha dicho el conde,
de seguro no es verdad.

ENRIQUE ¿Es por la orilla del Rhin,
por lo que la Francia lidia?
¿O es porque nos tiene envidia?
VÍCTOR Por todo, ¡voto á Caín!
No sé por qué nos molesta
de la Prusia el poderío,
y el no lindar con un río
que no vale lo que cuesta.
Todas las madres, que al fin
se irán sin hijos quedando,
harán un río, llorando,
más caudaloso que el Rhin.
ENRIQUE Dame más.
VÍCTOR Tu hambre es canina.
ENRIQUE Dios pague tu buena acción.
VÍCTOR ¡Ca! Si a mí, el buen corazón
es un vicio que me arruina.
ENRIQUE Hasta Sedán os llevó
la nacional ligereza...
VÍCTOR Fué la nacional tristeza
que nos causa Waterloo.
ENRIQUE Siento que la suerte infiel...
VÍCTOR ¿Quién podía calcular
que había de hacer Bismarck
de la Alemania un cuartel?
A un número tan horrible
yo os hubiera dicho: "Entrad";
sois tantos, que es necedad
luchar contra lo imposible.
Viendo llegar los aliados,
un soldado, en Waterloo,
tiró el fusil, se sentó,
y dijo: "¡Son demasiados!"
¿Cómo ha podido sacar
de entre sabios alemanes
todo un millón de jayanes
el gran canciller Bismarck?
Todo con gente lo allana;
y Molke usa, en su ambición,
la táctica del cañón:
fuego contra carne humana.

Ya no hay ciencia militar;
quien consigue la victoria
no es el genio de la gloria,
es *la industria de matar.*
¿Es así como vencía,
de astucia y constancia lleno,
Aníbal en Trasimeno
y el español en Pavía?

ENRIQUE Siempre la guerra es febril...

VÍCTOR Es una guerra de locos.

ENRIQUE ¿Cuántos van muertos?

VÍCTOR Muy pocos:
van... ¡unos trescientos mil!
Cierto es que, con arrogancia,
Francia aspiró a serlo todo;
mas Dios pensó de otro modo,
y Dios puede más que Francia.
Mas tratarla hasta ese extremo
de rabia y de vanidad
es una ferocidad
digna de un miedo supremo.
Tratándonos a lo moro
dejan nuestro imperio yermo;
ya es hoy, para el rey Guillermo,
el cetro un garrote de oro.
Mas es tu rey poco sabio
cuando ignora que, en el mundo,
hay un abismo profundo
entre la copa y el labio.
Pagó el otro su ambición;
pagará éste su codicia:
siempre tras de la injusticia
camina la perdición.

ENRIQUE Esos guerreros impíos,
sin duda, en su furia insana,
piensan que la sangre humana
la llevan fresca los ríos.

VÍCTOR Lógica de esos señores:
Un rey que todo lo arrasa,
piensa que por donde pasa
deja un reguero de flores.

ENRIQUE De ti y de mí, ¿qué memoria
quedará cuando, algún día,
sea esta carnicería
una hermosura en la historia?

VÍCTOR Lo que nos trajo a morir
sólo nos tiene guardado,
tras la noche del pasado,
la noche del porvenir.
Oye: cae un hombre al mar,
llama, grita, nadie escucha,
baja, sube, lucha y lucha,
y mira el buque marchar;
y del buque en que marchaba
ninguno mira hacia atrás,
y él lucha más, lucha más,
se hunde, se hunde, y todo acaba.
Tú ves el buque marchando,
y mientras te vas hundiendo,
tu Bismarck sigue no viendo,
tu rey sigue no escuchando,
y después que te han traído
a tan sangrienta victoria,
ellos tendrán... mucha gloria,
y tú tendrás... mucho olvido.

ENRIQUE ¡Verdad!

VÍCTOR ¡Vaya si es verdad!

ENRIQUE Y hoy, ¿qué haremos? ¡infelices!

VÍCTOR ¿Qué qué haremos hoy, me dices,
alma sin profundidad?
Ven, ven, ponte aquí delante.
(*Víctor se levanta echando un brazo al hombro de Enrique*).
Voy a ser, de ti cogido,
como san Ignacio herido,
un apóstol militante.
¡Qué espectáculo tan bello
dará al mundo nuestra unión!
¡Hermosas muletas son
mi chassepot y tu cuello!
(*Se apoya Víctor con un brazo en el cuello de Enrique: con el otro brazo se apoya en*

la culata del fusil convertido en muleta, y se adelanta hacia el proscenio).

Limosna a estos dos amigos
pedir nos verá la tierra,
y maldecirá la guerra,
que de héroes hace mendigos.
Con voz por el llanto ahogada,
probaremos a la historia
que es una infamia la gloria,
y más, la más celebrada.
Que pone esa gloria altiva
el robo sobre el trabajo.
Que está la ley de aquí abajo
sobre la ley de allá arriba:
el grande sobre las leyes;
sobre el grande la privanza;
sobre los pueblos la holganza;
los pueblos sobre los reyes;
sobre los pueblos la guerra;
sobre la guerra los duelos,
y, lo que es más triste, ¡oh cielos!
los tontos sobre la tierra.
¿Qué hemos de hacer por el mundo
pregunta, Enrique, tu afán?
Eres, cual sabio alemán,
inútilmente profundo.
Cantando iremos los lances
de esta espantosa jornada,
que, aunque yo no sé hacer nada,
sé hacer muy buenos romances.
Siendo uno de otro el sostén,
apelaremos al ruego
cantando coplas de ciego,
como dos ciegos que ven.
¡Ay! Y después de pasar
por muchos desasosiegos,
también quedaremos ciegos
de vernos y de llorar.
Verás, ¡verás qué enseñanza
ven brotar de nuestros labios!
¡Porque todos somos sabios

en perdiendo la esperanza!
A un alemán y a un francés
verá el mundo hacerse hermanos.
Tú comerás con mis manos,
y yo andaré con tus pies.
Al vernos en paz y unidos
verán, mirando a los dos,
que no hay delante de Dios
vencedores ni vencidos.
Tú, dolorido, yo, enfermo,
¿quién nos negará su pan?
Hasta "¡Id con Dios!" nos dirán
Napoleón y el rey Guillermo.
¿Hay quien niegue cosa alguna
cuando la pide un tullido
en nombre del que ha escogido
un pesebre para cuna?
¡Y hasta las gentes extrañas,
si no por nuestras heridas,
nos darán por las queridas
madres de nuestras entrañas!...
¡Qué mientras tu amor y el mío
por ellas irán pidiendo,
tal vez se estarán muriendo
de horror, de miseria o frío!

ENRIQUE ¡Madre de mi corazón!
¡Cómo lloro al recordar
que mis manos, al marchar,
besó con adoración! (*Pausa*).

VÍCTOR ¿Enrique?

ENRIQUE ¿Qué?

VÍCTOR ¿Lloras?

ENRIQUE Sí.

VÍCTOR ¡Ay, yo también! Tú, ¿por quién?

ENRIQUE Por mi madre.

VÍCTOR ¡Yo también!
¡Ay de ellas, de ti y de mí!

ENRIQUE No lo puedo remediar;
pensando en la madre mía,
creo que reventaría
si no rompiese a llorar.

VÍCTOR ¡Llorar un héroe! ¿Estás loco?
ENRIQUE Me enternece su memoria.
VÍCTOR ¿No te consuela la gloria?
ENRIQUE A mí, no; ¿y a ti?
VÍCTOR ¡Tampoco!
(Víctor saca un pañuelo, se enjuga sus lágrimas y después las de Enrique).
¡Enrique! ¡Enrique!
ENRIQUE ¿Qué es?
VÍCTOR ¿Pudieras nunca pensar
que te viniese a enjugar
las lágrimas un francés?
ENRIQUE Perdona, Víctor.
VÍCTOR ¡Los dos
perdonemos nuestro encono,
porque al llegar a su trono
nos perdone entrambos Dios!
(Se aumenta de repente el ruido de la batalla).
ENRIQUE ¡Qué horrible matanza!
VÍCTOR ¿Ves?
Esos son nuestros hermanos.
ENRIQUE ¡Cuántos quedarán sin manos!
VÍCTOR ¡Cuántos quedarán sin pies!
ENRIQUE ¡Qué horror!
VÍCTOR Pues hablando de eso
dirá la posteridad
que es esa barbaridad
una etapa del progreso.
ENRIQUE ¡Por nuestros pobres hermanos
volvamos a Dios los ojos!
VÍCTOR Enrique, ponte de hinojos,
que yo cruzaré las manos.
(Enrique se arrodilla y Víctor pone las manos en cruz, apoyando su codo sobre el hombro de Enrique).
¡Dios, justamente irritado,
pon término a esta jornada,
por la tierra ensangrentada
y por el cielo ultrajado!

¡Venga a nosotros, Señor,
aquel que a este mundo trajo
la justicia y el trabajo,
la fe, la paz y el amor!
¡Héroe humilde de Belén,
purga de monstruos la tierra,
y líbranos de la guerra
por siempre jamás!

ENRIQUE ¡Amén!

FIN

"EL TREN EXPRESO"

Poema en tres cantos

por RAMON DE CAMPOAMOR

CANTO PRIMERO

LA NOCHE

I

Habiéndome robado el albedrío
un amor tan infausto como mío,
ya recobrados la quietud y el seso,
volvía de París en tren expreso:
y cuando estaba, ajeno de cuidado,
como un pobre viajero fatigado,
para pasar bien cómodo la noche
muellemente acostado,
al arrancar al tren subió a mi coche,
seguida de una anciana,
una joven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.

II

Luego, a una voz de mando
por algún héroe de las artes dada,
empezó el tren a trepidar, andando
con un trajín de fiera encadenada.
Al dejar la estación, lanzó un gemido
la máquina, que libre se veía,

y corriendo al principio solapada
cual la sierpe que sale de su nido,
ya al claro resplandor de las estrellas,
por los campos, rugiendo, parecía
un león con melena de centellas.

III

Cuando miraba, atento,
aquel tren que corría como el viento,
con sonrisa impregnada de amargura
me preguntó la joven con dulzura:
—¿Sois español?—Y a su armonioso acento,
tan armonioso y puro, que aún ahora
el recordarlo sólo me embelesa,
—Soy español—la dije,—¿y vos, señora?
—Yo—dijo—soy francesa.
—Podéis—la repliqué con arrogancia,—
la hermosura alabar de vuestro suelo,
pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
un país tan hermoso como el cielo.
—Verdad que es el país de mis amores
el país del ingenio y de la guerra;
pero en cambio—me dijo—es vuestra tierra
la patria del honor y de las flores;
no os podéis figurar cuánto me extraña
que, al ver sus resplandores,
el sol de vuestra España
no tenga, como el de Asia, adoradores..
Y después de halagarnos, obsequiosos,
del patrio amor el puro sentimiento,
entrambos nos quedamos silenciosos
como heridos de un mismo pensamiento.

IV

Caminar entre sombras es lo mismo
que dar vueltas por sendas mal seguras
en el fondo sin fondo de un abismo.
Juntando a la verdad mil conjeturas,
veía allá a lo lejos, desde el coche,
agitarse sin fin cosas obscuras,

y en torno, cien especies de negruras
tomadas de cien partes de la noche.
¡Calor de fragua a un lado, al otro frío!...
¡Lamentos de la máquina espantosos
que agregan el terror y el desvarío
a todos estos limbos misteriosos!...
¡Las rocas, que parecen esqueletos!...
¡Las nubes con entrañas abrasadas!...
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!
¡El horror, que hace grandes los objetos!...
¡Claridad espectral de la neblina!
¡Juegos de llama y humo indescriptibles!...
¡Unos grupos de bruma blanquecina
esparcidos por dedos invisibles!
¡Masas informes!... ¡Límites inciertos!...
¡Montes que se hunden! ¡Arboles que crecen!
¡Horizontes lejanos que parecen
vagas costas del reino de los muertos!
¡Sombra, humareda, confusión y nieblas!...
¡Acá lo turbio... allá lo indiscernible
y entre el humo del tren y las tinieblas,
aquí una cosa negra, allí otra horrible!

V

¡Cosa rara! Entretanto,
al lado de mujer tan seductora
no podía dormir, siendo yo un santo
que duerme, cuando no ama, a cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
más fué inútil empeño:
admiraba a la joven, y es sabido
que a mí la admiración me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, y ella,
sin echar sobre mí mirada alguna,
abrió la ventanilla de su lado,
y, como un ser prendado de la luna,
miró al cielo azulado;
preguntó, por hablar, qué hora sería,
y al ver correr cada fugaz estrella,
—¡Ved un alma que pasa!—me decía.

VI

—¿Váis muy lejos?—con voz ya conmovida
le pregunté a mi joven compañera.
—¡Muy lejos—contestó;—voy decidida
a morir a un lugar de la frontera!
Y se quedó pensando en lo futuro,
su mirada en el aire distraída,
cual se mira en la noche un sitio obscuro
donde fué una visión desvanecida.
—¿No os habrá divertido—
le repliqué, galante,—
la ciudad seductora
en donde todo amante
deja recuerdos y se trae olvido?
—¿Lo traéis vos?—me dijo con tristeza.
—Todo en París lo hace olvidar, señora—
le contesté,—la moda y la riqueza.
Yo me vine a París desesperado,
por no ver en Madrid a cierta ingrata.
—Pues yo vine—exclamó—y hallé casado
a un hombre ingrato a quien amé soltero.
—Tengo un rencor—le dije—que me mata.
—Yo una pena—me dijo—que me muero.
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
siendo su mente espejo de mi mente,
quedándose en silencio un grande rato
pasó una larga historia por su frente.

VII

Como el tren no corría, que volaba,
era tan vivo el viento, era tan frío,
que el aire parecía que cortaba:
así el lector no extrañará que, tierno,
cuidase de su bien más que del mío,
pues hacía un gran frío, tan gran frío,
que echó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando ella, doliente,

con el cuerpo aterido,
—¡Tengo frío!—me dijo dulcemente
con voz que, más que voz, era un balido,
me acerqué a contemplar su hermosa frente,
y os juro, por el cielo
que, a aquel reflejo de la luz escaso,
la joven parecía hecha de raso,
de nácar, de jazmín y terciopelo;
y creyendo invadidos por el hielo
aquellos piés tan lindos,
desdoblando mi manta zamorana,
que tenía más borlas, verde y grana
que todos los cerezos y los guindos
que en Zamora se crían,
cual si fuese una madre cuidadosa,
con la cabeza ya vertiginosa,
la tapé aquellos piés, que bien podrían
ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII

¡De la sombra y el fuego el claroscuro
brotaban perspectivas espantosas,
y me hacía el efecto de un conjuro
el ver reverberar en cada muro
de la sombra las danzas misteriosas!...
¡La jóven, que acostada traslucía,
con su aspecto ideal, su aire sencillo,
y que, más que mujer, me parecía
un ángel de Rafael o de Murillo!
¡Sus manos, por las venas serpenteadas
que la fiebre abultaba y encendía,
hermosas manos, que a tener cruzadas
por la oración habitual tendía!
¡Sus ojos, siempre abiertos, aunque a obscuras,
mirando al mundo de las cosas puras!
¡Su blanca faz, de palidez cubierta!
¡Aquel cuerpo, a que daban sus posturas
la celestial fijeza de una muerta!...
¡Las fajas tenebrosas,
del techo, que irradiaba tristemente,

aquella luz de cueva submarina
y esa continua sucesión de cosas
que así en el corazón como en la mente
acaban por formar una neblina!...
¡Del tren expreso la infernal balumba!...
¡La claridad de cueva que salía
del techo de aquel coche que tenía
la forma de la tapa de una tumba!...
¡La visión triste y bella
del sublime concierto
de todo aquel horrible desconcierto,
me hacían traslucir en torno de ella
algo vivo rondando un algo muerto!

IX

De pronto, atronadora,
entre un humo que surcan llamaradas,
despide la feroz locomotora
un torrente de notas aflautadas,
para anunciar, al despertar la aurora,
una estación que en feria convertía
el vulgo con su eterna gritería,
la cual, susurradora y esplendente,
con las luces del gas brillaba enfrente;
y al llegar, un gemido
lanzando, prolongado y lastimero,
el tren en la estación entró seguido
cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO

EL DIA

I

Y continuando la infeliz historia,
que aún vaga como un sueño en mi memoria,
veo al fin, a la luz de la alborada,
que el rubio de oro de su pelo brilla
cual la paja de trigo calcinada

por agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio,
y una expresión del todo religiosa,
como llevando a cabo algún misterio,
después de un—¡ay, Dios mío!—
me dijo, señalando a un cementerio:
—¡Los que duermen allí no tienen frío!—

II

El humo, en ondulante movimiento
dividiéndose a un lado y a otro lado,
se tiende por el viento
cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra fauna, hoy otra flora;
verdura y aridez, calor y frío;
andar tantos kilómetros por hora
causa al alma el mareo del vacío;
pues salvando el abismo, el llano, el monte,
con un ciego correr que al rayo excede,
en loco desvarío
sucede un horizonte a otro horizonte
y una estación a otra estación sucede.

III

Más ciego cada vez por la hermosura
de la mujer aquella,
al fin la hablé con la mayor ternura,
a pesar de mis muchos desengaños;
porque al viajar en tren con una bella
va, aunque un poco al azar y a la ventura,
muy de prisa el amor a los treinta años.
Y—¿adónde váis ahora?—
pregunté a la viajera.
—Marcho, olvidada por mi amor primero—
me respondió sincera,—
a esperar el olvido un año entero.
—Pero ¿y después—le pregunté—señora?
—Después—me contestó,—¡lo que Dios quiera!

IV

Y porque así sus penas distraía,
las mías le conté con alegría,
y un cuento amontoné sobre otro cuento,
las gradaciones de color que hacía
mientras ella, abstrayéndose, veía
la luz descomponiéndose en el viento.
Y haciendo yo castillos en el aire,
o, como dicen ellos, en España,
la referí, no sé si con donaire,
cuentos de Homero y de Maricastaña,
pintando mucho amor y mucha pena,
En mis cuadros risueños,
pintado mucho amor y mucha pena,
como el que tiene la cabeza llena
de heroínas francesas y de ensueños,
había cada llama
capaz de poner fuego al mundo entero:
y no faltaba nunca un caballero
que, por gustar, solícito, a su dama,
le sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
cual si fuese el aliento nuestro idioma,
más bien que con la voz, con las señales,
esta verdad tan grande como un templo
la convertí en axioma:
que para dos que se aman tiernamente,
ella y yo, por ejemplo,
es cosa ya olvidada por sabida
que un árbol, una piedra y una fuente,
pueden ser el edén de nuestra vida.
Como en amor es credo,

V

o artículo de fe que yo proclamo,
que en este mundo de pasión y olvido,
o se oye conjugar el verbo te amo,

o la vida mejor no importa un bledo;
aunque entonces, como hombre arrepentido,
el ver a una mujer me daba miedo,
más bien desesperado que atrevido,
—y ¿un nuevo amor—le pregunté, amoroso,—
no os haría olvidar viejos amores?
Más ella, sin dar tregua a sus dolores,
contestó con acento cariñoso:
—La tierra está cansada de dar flores;
necesito algún año de reposo.

VI

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
como aquel que patina por el hielo,
y en confusión extraña,
parecen, confundidos tierra y cielo,
monte la nube, y nube la montaña,
pues cruza de horizonte en horizonte
por la cumbre y el llano,
ya la cresta granítica de un monte,
ya la elástica turba de un pantano;
ya, entrando por el hueco
de algún túnel que horada las montañas,
a cada horrible grito
que lanzando va el tren, responde el eco,
y hace vibrar los muros de granito,
estremeciendo al mundo en sus entrañas;
y dejando aquí un pozo,, allá una sierra,
nubes arriba, movimiento abajo,
en laberinto tal, cuesta trabajo
creer en la existencia de la tierra.

VII

Las cosas que miramos
se vuelven hacía atrás en el instante
que nosotros pasamos;
y, conforme va el tren hacía adelante,
parece que desandan lo que andamos;

y a sus puestos volviéndose, huyen y huyen,
en raudo movimiento,
los postes del telégrafo, clavados
en fila a los costados del camino;
y, como gota a gota, fluyen, fluyen,
uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
y formando confuso y ceniciento,
el humo con la luz un remolino,
no distinguen los ojos deslumbrados,
si aquello es sueño, tromba o torbellino.

VIII

¡Oh, mil veces bendita
la inmensa fuerza de la mente humana
que así el ramblizo con el monte allana,
y al mundo echando su nivel, lo mismo
los picos de las rocas decapita
que levanta la tierra,
formando un terraplén sobre un abismo
que llena con pedazos de una sierra!
¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
no conocidas antes,
del poderoso anhelo
de los grandes gigantes
que, en su ambición, para escalar el cielo,
un tiempo amontonaron las montañas!

IX

Corría en tanto el tren con tal premura
que el monte abandonó por la ladera,
la colina dejó por la llanura,
y la llanura, en fin, por la ribera;
y al descender a un llano,
sitio infeliz de la estación postrera,
le dije con amor:—¿Sería en vano
que amaros pretendiera?
¿Sería como un niño que quisiera
alcanzar a la luna con la mano?

Y contestó con lívido semblante:
—No sé lo que seré más adelante,
cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia y soy constante;
¿qué más queréis—me preguntó—que os diga?—
Y, bajando al andén, de angustia llena,
con prudencia fingió que distraía
su inconsolable pena
con la gente que entraba y que salía;
pues la estación del pueblo parecía
la loca dispersión de una colmena.

X

Y, con dolor profundo,
mirándome a la faz, desencajada,
cual mira a su doctor un moribundo,
siguió:—Yo os juro, cual mujer honrada,
que el hombre que me dió con tanto celo
un poco de valor contra el engaño,
o aquí me encontrará dentro de un año,
o allí...—me dijo, señalando a lcielo.
Y enjugando después con el pañuelo
algo de espuma de color de rosa
que asomaba a sus labios amarillos,
en tren (cual la serpiente que, escamosa,
queriendo hacer que marcha, y, no marchando,
ni marcha ni reposa)
mueve y remueve, ondeando y más ondeando,
de su cuerpo flexible los anillos;
y al tiempo en que ella y yo, la mano alzando,
volvimos, saludando, la cabeza,
la máquina, un incendio vomitando,
grande en su horror y horrible en su belleza,
el tren llevó hacia sí pieza tras pieza,
vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO

EL CREPÚSCULO

I

Cuando un año después, hora por hora,
hacía Francia volvía,
echando, alegre, sobre el cuerpo mío
mi manta de alamares de Zamora,
porque a un tiempo sentía,
como el año anterior, día por día,
mucho amor, mucho viento y mucho frío,
al minuto final del año entero
a la cita acudí cual caballero
que va alumbrado por su buena estrella;
más al llegar a la estación aquella
que no quiero nombrar, porque no quiero,
una tos de ataúd sonó a mi lado,
que salía del pecho de una anciana
con cara de dolor y negro traje.
Me vió, gimió, lloró, corrió a mi lado,
y echándome un papel por la ventana,
—Tomad—me dijo,—y continuad el viaje.—
Y cual si fuese una hechicera vana
que después de un conjuro, en la alta noche,
quedase entre la sombra confundida,
la mujer, más que vieja, envejecida,
de mi presencia huyó con ligereza
cual niebla entre la luz desvanecida,
al punto, en que, llegando, con presteza
echó por la ventana de mi coche
esta carta tan llena de tristeza,
que he leído más veces en mi vida
que cabellos contiene mi cabeza.

II

"Mi carta, que es feliz, pues va a buscaros,
cuenta os dará de la memoria mía.
Aquel fantasma soy que, por gustaros,
juró estar vivo a vuestro lado un dia.

"Cuando lleve esta carta a vuestro oído
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido
ya durmiendo estará bajo unas flores.
"Por no dar fin a la ventura mía,
la escribo larga... casi interminable...
¡Mi agonía es la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable!
"Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado, solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.
"Me rebelo a morir, pero es preciso...
¡El triste vive y el dichoso muere!...
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!
"¡Os amo, sí! Dejadme que, habladora,
me repita esta voz tan repetida;
que las cosas más íntimas ahora
se escapen de mis labios con mi vida.
"Hasta furiosa, a mí, que ya no existo,
la idea de los celos me importuna;
¡juradme que esos ojos que me han visto
nunca el rostro verán de otra ninguna!
"Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve a formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡yo os hubiera también amado tanto!...
"Mas tal vez allá arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren, lleguemos
de nuestra vida a la estación postrera.
"¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca o muera el día,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mía.
"Pues yo desde ella os estaré mirando;
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré rezando
que Dios de par en par el cielo os abra.

"¡Nunca olvidéis a esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amastéis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo!...
"¡Oh, Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdón al alma mía!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas;
más sufrí por más tiempo todavía!
"¡Adiós, adiós! Como hablo delirando,
no sé decir lo que deciros quiero.
Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba y que me muero".

III

Al ver de esta manera
trocado el curso de mi vida entera
en un sueño tan breve,
de pronto se quedó, de negro que era,
mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor traspasado
por la más grande herida
que a un corazón jamás ha destrozado
en la inmensa batalla de la vida,
ahogado de tristeza,
a la anciana busqué desesperado;
más fué esperanza vana,
pues, lo mismo que un ciego, deslumbrado
ni pude ver la anciana,
ni respirar del aire la pureza,
por más que abrí cien veces la ventana
decidido a tirarme de cabeza.
Cuando, por fin, sintiéndome agobiado
de mi desdicha el peso,
y, encerrado en el coche, maldecía
al año de venir, dia por dia,
como si fuese en el infierno preso,
con mi grande inquietud y poco seso,
sin alma y como inútil mercancía,
me volvió hasta París el tren expreso.

FIN DEL POEMA

IMP. VENEZUELA 1133